

rica y plataforma invariable de la actitud de su Gobierno».

Tributemos nuestro aplauso al arreglo planteado en Administración pasada pero ejecutado recientemente, gracias a la influencia del Presidente, para indemnizar a Colombia de la amputación de Panamá, así como a la feliz intervención para lograr que se firmara el tratado de arbitraje entre Chile y el Perú para solucionar el conflicto de Tacna y Arica que ha mantenido la discordia entre las dos Naciones beligerantes de la campaña del Pacífico, evitando el equilibrio fraternal de Sudamérica.

Las aspiraciones del Presidente Harding abarcaban todo un programa ejemplar para el mundo. Será un honor para su nombre haber inaugurado la Conferencia del desarme, cuyo éxito parcial en algo alivia los presupuestos de las grandes potencias que buscan el dominio de los mares y que se obligaron a no seguir en esa desenfrenada y progresiva carrera de aumento de las flotas. Era más alta y más loable la intención. Se quería anticipar el reino de la justicia realizando el anhelo de tantos que murieron en las trincheras ofrendando la vida para que fuera aquella la última guerra, sacrificándose en aras del bienestar de las futuras generaciones. Pero el campo no está preparado para enterrar la rivalidad y el odio destructores y sólo en la mente de los hombres que se califican de idealistas florece el pensamiento de la paz.

Harding se anticipó a su tiempo pero fué digno del pedestal que merecen los verdaderos conductores de los pueblos. No sólo por sus intentos de pacificación, también por su propaganda tenaz en pro de la Corte de Justicia de La Haya. Sin abandono de la tesis contraria a los demócratas en cuanto a Europa y a la Liga de Naciones, trataba de obtener que los Estados Unidos ingresaran a ese Tribunal ilustre, para que todas las cuestiones pendientes o futuras de la gran República se fallaran por medio de arbitraje. La muerte no le dió tiempo para contemplar los frutos de su esfuerzo, como tampoco verá el arreglo de las dificultades con México, ni el retiro de los marinos de Nicaragua, puntos vitales para el éxito de su política exterior.

Ha muerto Harding en California, en medio de aquella soberbia naturaleza del Oeste que convenía y se armonizaba con su constitución vigorosa y luchadora, entre la población más latina de los Estados Unidos, en momentos en que él se ufana de los servicios prestados a su patria en el sentido de conciliarle las simpatías de nuestros países de Ibero-América.

La obra queda apenas iniciada.

Cuánta buena voluntad se necesita de una y otra parte para su perfeccionamiento, conteniendo abusos de los fuertes y destruyendo desconfianzas de los débiles para el entendimiento mutuo y cordial. Por nuestro lado, la vida ordenada del derecho, para ellos el respeto a la soberanía y la no intromisión en los asuntos domésticos de las Repúblicas vecinas.

Día llegará en que se encuentre la verdadera prenda de la alianza panamericana y ese día será de gloria para el varón justiciero que ha declinado prematuramente, en pleno goce del prestigio y del poder, cuando apenas contemplaba la tierra prometida para sus nobles designios de estadista.

ALEJANDRO ALVARADO QUIRÓS

(La Tribuna, San José de C. R.)

Mister Harding...

(Viene de la página anterior).

que miré sin aprensión el voto del Congreso que mantenía el principio de

la inviolabilidad de la vida humana. Lo que yo esperaba sucedió. El Departamento de Estado no se irritó, aceptó nuestro modo de ver, le buscó un sesgo a la dificultad, y se celebró un nuevo tratado, que aprobamos con el mayor gusto. Se celebró después otro pacto, el relativo a la apertura del canal de Nicaragua. La opinión pública se declaró contra él y fué retirado de la mesa del Congreso. Entiendo que la administración de Mr. Harding ni presentó quejas, ni ejerció presión, ni nos echó a la cara pasados favores. Su actitud cordial no padeció el menor eclipse. Nos trató siempre Mr. Harding como si hubiéramos sido una gran potencia, como habría tratado al Japón o a la Gran Bretaña. Por su ecuanimidad, por su benevolencia, por su rectitud, merece su memoria mi mayor respeto; por el bien que nos hizo, mi inextinguible recuerdo y afecto.

RICARDO JIMÉNEZ

(Diario de Costa Rica, San José de C. R.)

Una dinastía en aprietos

DESDE hace muchos años, diez o quince, una familia de carniceros y campesinos criminales, los Gómez, que habían cobrado investidura militar durante la tiranía de Cipriano Castro, se apoderaron, traicionando a éste, del Gobierno de Venezuela. Ya en el Gobierno, establecieron el más rudo y oscuro de los despotismos, suprimiendo todas las fuentes de riqueza pública y asesinando, secuestrando y ultrajando, de todas maneras, a los venezolanos que no estaban de acuerdo con semejante sistema de gobierno. Un número que se calcula en más de sesenta mil venezolanos, anda por las Antillas, Colombia, Centro América, Estados Unidos y hasta Europa, desterrados por el gobierno de los Gómez, u obligados a emigrar por la miseria moral y económica en que está sumido el país. Apoyados en un ejército de esbirros y letrados pervertidos, los Gómez han declarado la guerra a muerte a toda una nación, y son innumerables los crímenes de que se han hecho responsables. Por último, envalentonados por el fracaso de todas las intentonas revolucionarias que se han efectuado contra ellos, y con el apoyo y las consideraciones que les rinden las demás naciones, comenzando por Estados Unidos, los Gómez resolvieron establecerse a perpetuidad en el Poder, y el año de 1922, Juan Vicente Gómez,

después de catorce años de dictadura, se hizo nombrar Presidente Constitucional por otro período de siete años, y nombró primero y segundo Vicepresidentes de la pseudo-república a su hermano Juan C. Gómez y a su hijo José Vicente. Es el primer ensayo formal de gobierno dinástico que ha ocurrido en la historia venezolana. Escandalizados por semejante monstruosidad, hasta sus mismos serviles comenzaron a desertar, empezando por su Ministro en Washington, doctor Santos Domínguez, quien arrojó de sí, con asco y escándalo, la representación del déspota. Naturalmente, no faltó otro leguleyo que viniera a ocupar el lugar vacío. Pero el pueblo venezolano ha comenzado a comprender, aunque un poco tarde, que necesita hacer un esfuerzo y un sacrificio para limpiarse esa negra página de su historia; y ha puesto ya manos a la obra. En lugar de revueltas estúpidas, que cuestan la vida de millones de inocentes y empobrecen y descalifican a estas repúblicas, ha resuelto aplicar el cauterio supremo que debe aplicarse a úlceras de esa clase: el día treinta de junio apareció ultimado, en Miraflores, el palacio de los Gómez en la capital venezolana, Juan C. Gómez, el hermano de Juan Vicente, nombrado Vicepresidente por éste, y que gozaba la fama de ser el menos asesino y la-